

# MEDITACION

Oración Fúnebre por los Caidos Daimieleños de la guerra y de la División Azul

La vida, es ese no sé que íntimo e innato, esa fuerza irresistible que mueve al ser viviente y le empuja desde el centro a la superficie, de dentro a fuera, para darle su desenvolvimiento natural y su legítima expansión, pierde su actividad en un momento dado, y la materia vuelve a su estado de inercia. Con el tiempo desaparece la gigantesca montaña que se levanta de la tierra hasta las nubes, y mueren juntamente con ellas los arbustos las plantas, los árboles y hasta el verde follaje que los esmaltaba; se destruye el más soberbio edificio que sobre la incansable solidez de sus fundamentos desafiaba a duración a la eternidad y de su pasada grandeza no quedan más que tristes recuerdos sobre montones de ruinas y la secular encina tampoco se redime de la muerte. Muere el animal ligero y vigoroso, que se estremece y tiembla y salta con fuerza y una armonía de movimientos, que encanta: muere, en fin, el hombre, el Rey de la Creación, lo mismo que en la primavera de la vida, cuando lleva impresa sobre su frente la flor de la lozanía que, cuando encorvado bajo el peso insoportable de los años, camina al sepulcro con paso lento. La muerte nos aterra, nos asusta, nos llena de horror y por más que huímos de ella y la anatematizamos, hemos de caer al golpe de su terrible guadaña, por lo mismo que es una ley impuesta por Dios y se ha de cumplir.

Daimieleños, meditemos y elevemos una oración, postrados ante nuestra Stma Virgen de las Cruces, en favor de nuestros mártires víctimas de la orda roja, pidamos también por nuestros héroes de la División Azul, apartemonos un momento de la alegría de nuestras fiestas y pidamos por ellos, pues ellos, sabed, que también piden por nosotros.

¡Salve Virgen de las Cruces! Postrado ante vuestras divinas plantas, vengo a pedir os favor para todos aquellos daimieleños que en las horribidas horas de la dominación de tus enemigos, padecieron el latigazo de su fé impía y murieron elevándote un ruego de protección de sus almas. Os pido asimismo, por ese ramillete de jóvenes héroes, que ofrendaron sus vidas en las estepas rusas, en desinteresada defensa de sus ideales católicos, os pido por todos juntos, pues todos fueron héroes y mártires de la Santa Iglesia acojed sus almas bajo vuestro manto protector y a los que quedamos dadnos resignación cristiana y conducidnos por buen camino para que, cuando nos llegue nuestra postrer hora, podamos unir nuestra alma con la de aquellos que la dieron por nosotros; y ahora Virgen de las Cruces, atended mi oración y os saludo con el Ángel. AVE MARIA.

José García Muñoz